

→ La Misión ←

Una Carta del Hermano Eduardo

Misionero en Lubuagan

Cuatro Semanas en Naneng entre los Kalingas

(Conclusión)

ENTRETANTO GRACIAS a la fiel ejecución del contrato se entregaron las maderas con regularidad y el trabajo prosiguió sin novedad.

Fuí visitado dos veces por uno de nuestros padres de Lubuagan quien celebró la misa en el patio de la casa de Mandia con asistencia de todos los habitantes y juntos rezamos como de costumbre. La capilla estaba casi terminada y fijado el día de mi salida. Informé a la gente que saldría después de dos días. Enseguida varios me preguntaron:

—¿Y quien como V. nos enseñará a rezar?

Es muy difícil contestar preguntas que uno sabe muy bien no pueden satisfacer satisfactoriamente resueltas.

Les dije que los misioneros de Lubuagan les visitarían de vez en cuando, se hospedarían un par de días en el pueblo, celebrarían la misa, predicarían en la capilla, en-

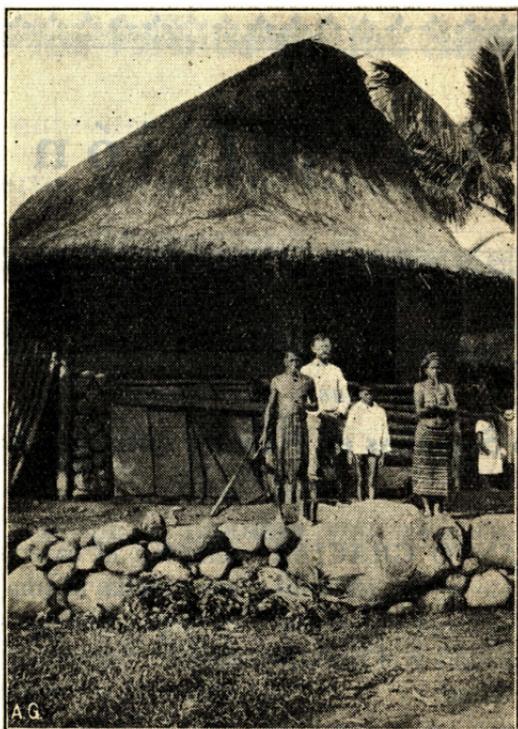
señarían el catecismo por las noches en la misma o en el cuarto contiguo que los serviría de alojamiento durante su estancia, mas todo esto no significaba una enseñanza diaria.

Traté de evitar una contestación directa, diciendo a la gente que me quedaría con sumo gusto entre ellos, pero que mi deber me llamaba a Lubuagan para construir otra capilla.

—¿Pero entonces quien nos enseñará?—me preguntaron de nuevo. Si V. no puede hacerlo ¿por qué no nos manda aquí el Padre un maestro?

A esta última pregunta les dí una contestación de una evidencia superior.

—¿Por qué el Padre no os manda un catequista? Simplemente porque no tiene con que pagarle. Vosotros sabéis muy bien que hay que pagar ₱40 mensuales al catequista; sabéis también que el Padre no



*El Rdo. Hermano Eduardo, Banason
y Mandia en frente de su hotel
en Naneng.*

gana ni un céntimo, que no recibe ningun sueldo, y que todavía tiene que construir su propia casa, y edificar capilla y sobre todo que Bélgica despues de la guerra no puede ya ayudar a sus misioneros como lo hacía antes de ella.

Crei haberles convencido con esto y pensé que no insistirían ya más en su petición.

—Y si el Padre no puede pagar un catequista ¿acaso no hay cristianos en Filipinas que están dispuestos a hacerlo?

A esto no supe que contestar, porque no depende de mi que haya

o no cristianos que esten dispuestos a pagar cuarenta pesos mensuales por un catequista y, mientras pensaba en el triste porvenir de esta gente sencilla, uno de la nueva generación se levantó y dijo:

—Yo he pasado por los valles cristianos y he llegado hasta Manila.

Allí he visto casas grandes, almacenes repletos de cosas preciosas. He visto tambien millares de automóviles y me dijeron que cada uno de ellos cuesta miles de pesos, que algunos no lo necesitan pero que lo usan únicamente para divertirse, lo que les cuesta al menos

cien pesos al mes.

He visto gente rica lujosamente ataviada. Tienen mucha servidumbre y la pagan. He asistido de lejos a una de sus fiestas en las cuales derrochan mucho dinero.

Aquí cesó el joven un momento. Los asistentes eran todo oídos como si estuvieran preguntándose: ¿que tiene todo esto que ver con un catequista? Lo que aquí necesitamos es un maestro; habla pues de un catequista para nuestros hijos y nuestras almas.

El joven prosiguió:
—Y aquellos ricos que así derrochan el dinero, acaso no pueden economizar algo para sostener aquí un catequista? Son cristianos! Los cristianos dicen que el bien que se hace en la tierra será recompensado por Dios y que será recompensado siempre, siempre; sin fin, en el Cielo. Yo creo que si yo fuese un cristiano, creyendo en un Dios todopoderoso que recompensa el bien que yo hago, haría todo el bien posible durante toda mi vida. Sí! Así lo haría, porque ¿que importa deshacerse de algo, si este poco se les devuelve más tarde con creces y para siempre ¿Y V?—me preguntó.

Pero antes de que pudiese decir una palabra todos los allí presentes habían dicho que harían lo mismo que el joven.

—Claro está—contesté, y por esto también dejé a mis padres y a mis hermanos. He aquí la razón por qué todo lo que tengo lo sacrifico para las misiones y por qué he tra-

bajado aquí en la capilla sin otra recompensa que aquella que espero en el Cielo de un Dios todopoderoso. Pero vosotros comprendereis que yo no puedo prometer lo que vosotros pedís de los cristianos, vuestros hermanos. El hacer el bien es cuenta suya.

—Pero si los cristianos ricos no nos ayudan a nosotros pobres paganos, no son entonces cristianos,—contestó el joven.

Comprendí que su discurso estaba a punto de ofender la caridad cristiana y por eso, bajo pretexto de tener algo que hacer en casa, dejé a estos hijos de la naturaleza, tan bien dispuestos, a sus propias reflexiones.

Cuando hubo llegado el día de mi salida, toda la gente de Naneng me rodeó. A cada uno le dí ya una medalla o un rosario. A Mandia la dejé una lata de carne de vaca que casualmente encontré en mi baul. En cambio, ellos me dieron todo lo que podían ofrecerme: huevos, tapa, sal, tabaco, etc. Uno de ellos me regaló un gallo. Repetidas veces nos dimos la mano, y los niños, mis amigos y discípulos, la esperanza de la misión, me siguieron parte del camino repitiendo sir cesar: “vuelva V. pronto; qué:lese con nosotros; mándenos un maestro!”

Realmente me conmovió mucho y pensé en las palabras de Nuestro Señor: “messis quidem multa, operarii autem pauci”: la mies es grande, pero los operarios son pocos. Y mientras subía y bajaba las mon-

tañas, tenía siempre ante mis ojos a aquel joven filósofo que había dicho: "pero si los cristianos ricos no nos ayudan a nosotros, pobres paganos, entonces ellos no son cristianos," o sonaban en mis oídos el eco de estas otras palabras signifi-

cativas de aquel mismo joven: "Yo creo que si yo fuese cristiano, creyendo en un Dios todopoderoso que recompensa el bien que hago, yo haría todo el bien que podría durante toda mi vida. ¿Y V?"

EDUARDO COOLS.

! Cúan Amable, Cúan Tierno Es !

.....¿Crees en milagros?

¿No?—Pues entonces no sigas leyendo esta narración: la profanarías. ¿Sí crees?—Oyeme, y admira y bendice las ternuras del más amante de los corazones.

Es un hecho de nuestros días: sucedió en Ameca-Ameca, cerca de la capital mejicana; y nos lo acaba de referir "quien lo oyó" de boca de las mismas santas Religiosas que gozaron de tan estupendo favor de JESUS SACRAMENTADO.

* * *

La soldadesca brutal, mandada por el bárbaro Gobierno que está deshonorando el nombre de Méjico, y cubriendo de amargura a aquel pueblo tan digno de otra suerte, se presenta, con toda la vileza de la tiranía y de la impiedad, en el convento de Carmelitas Descalzas:

—¡Salgan ustedes de aquí! ¡Inmediatamente!....

—Señores, somos unas indefensas Religiosas: dennos un plazo para prepararnos otras moradas, para implorar la caridad de nuestros bienhechores....

—¡No! Ahora mismo salen ustedes de esta casa....

El jefe agrega palabras impúdicas acerca de la joven Superiora, ruindad propia de los salvajes tiranuelos de Méjico.

Las Esposas de Cristo comprenden que aquellas hienas son capaces de

cualquier ultraje y que es inútil resistir. La Superiora llama a dos de sus hermanas; y mientras las demás se disponen a obedecer la nefanda orden de los tiranos, van las tres a la Capilla, para salvar de un sacrilegio al sagrado Huésped de los altares.

La Madre abre el tabernáculo llena de emoción. Mira a las adorables Formas en que se oculta el Cuerpo de JESUS....

—¡Señor mío!—exclama—¿he de tocar-te yo?....

* * *

La respuesta es uno de los grandes prodigios Eucarísticos que se han obrado en el mundo... Sin que nadie pusiese su mano en las Hostias, van estas levantándose y volando a los labios, ya de una ya de otra de las tres Religiosas carmelitas....

Trémulas de espanto, y ardiéndoles en amor el corazón, reciben ellas el delicado obsequio: dilatan su boca, y más el afecto de su alma, gustan el Pan divino, tan maravillosamente presentado por el poder del Cielo.

El copón está vacío.... Falta la sagrada Forma de la custodia: la Superiora la toma en las manos. De repente la Hostia, mayor que las demás, salta de la luneta y mostrándose en el aire, se va enrollando hasta quedar en forma fácil de ser consumida. Luego se dirige a los labios de una de las asombradas

(Se continuó en la página 271)